



Teócrito

Antología poética

2003 - Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

¿Dónde están mis laureles, oh Testilis?
¿Dónde los filtros amorosos guardas?
Acércalos, y cúbreme la copa
con el vellón purpúreo de una oveja,
que he de hechizar a mi falaz amigo.

Ha doce días que el cruel no viene,
ni mi puerta golpea presuroso,
y ni siquiera sabe si aún existo.
¡Ay!, su inconstante corazón, sin duda,
me arrebataron Afrodita y Eros.

Mañana, a la palestra, para verle,
de Timageto, iré, y ¡ay del voluble
cuando sus malos hechos le incrimine!

Ahora le encantaré con sacrificios:

Brilla, Selena, sosegada diosa,
que he de cantarte, y Hécate profunda
que, cuando los sepulcros atraviesa
y por la negra sangre corrompida,
hace temblar de horror hasta a los perros.

¡Salve!, espantosa Hécate, y me asiste
hasta el final del vengativo encanto;
haz que sean mis tósigos dañinos
cual de Medea y Circe las ponzoñas
y las de Perimeda la dorada.

*Tú, alado aguzanieve, hasta mi domo
arrastra al hombre que mi amor desdeña.*

Ya la harina en el fuego se consume:
espárcela, Testilis. ¿En qué piensas?
¿Es, desdichada, que de mí te burlas?
Espárcela diciendo este conjuro:
“Quemo los huesos del ingrato Delfis.”

*Tú, alado aguzanieve, hasta mi domo
arrastra al hombre que mi amor desdeña.*

El despiado Delfis me tortura,
y yo esta rama de laurel inflamo
por su mal, cruje ardiendo, se consume
y ni ceniza de sus hojas queda.
Que la carne de Delfis en el fuego

devorador, como el laurel, se abraza.

*Tú, alado aguzanieve, hasta mi domo
arrastra al hombre que mi amor desdeña.*

Por un dios protegida, fundo agora
la blanda cera: que al Mindiano Delfis
así derrita la amorosa llama.

Como este rombo de brillante bronce
gira a mi impulso, la Afrodita diosa
haga que Delfis ronde ante mi puerta.

*Tú, alado aguzanieve, hasta mi domo
arrastra al hombre que mi amor desdeña.*

Sacrifiquemos el salvado ahora.
¡Oh, Artemis, tú quebrantas el acero
del Hades, y las cosas más robustas!...

.....

¡Oyes, Testilis, de los fieros canes
en el pueblo el ladrillo temeroso?
Es que la diosa por el trivio pasa.
Haz resonar el retumbante bronce.

*Tú, alado aguzanieve, hasta mi domo
arrastra al hombre que mi amor desdeña.*

El ancho ponto silencioso duerme,
el viento se desliza sin ruido,
mas en mi pecho el sufrimiento ruge
y ardo yo toda entera, consumida
por el amor del que mi duelo causa
y en lugar de llamarme esposa suya
engañador la doncellez llevóme.

*Tú, alado aguzanieve, hasta mi domo
arrastra al hombre que mi amor desdeña.*

Libo tres veces, y las tres, ¡oh diosa!,
digo: “Que olvide Delfis a quien quiera
que a su lado repose cual Teseo
a la rizosa Ariadna olvidó en Dío.”

*Tú, alado aguzanieve, hasta mi domo
arrastra al hombre que mi amor desdeña.*

venir hacia mi casa presuroso

la oleosa paleta abandonando!

*Tú, alado aguzanieve, hasta mi domo
arrastra al hombre que mi amor desdeña.*

Delfis perdió la fimbria de su capa,
y ahora yo, desgarrándola, la arrojo
entre las vivas llamas devorantes.
¡Ay, ay, Eros cruel! ¿Por qué a mi cuerpo
como palustre sanguijuela asido,
todo mi negra sangre te bebiste?

*Tú, alado aguzanieve, hasta mi domo
arrastra al hombre que mi amor desdeña.*

Marchando un lagarto, para Delfis
destilaré un brebaje venenoso
que le daré mañana. Más tu ahora,
en secreto, Testilis, ve a su casa
y frota con el zumo de estas hierbas
su umbral, do el corazón tiéneme atado
sin que el hombre que adoro lo presuma;
y luego escupe en el umbral, diciendo:
“Froto los huesos del ingrato Delfis.”

*Tú, alado aguzanieve, hasta mi domo
arrastra al hombre que mi amor desdeña.*

Heme ya sola al fin. ¿Desde que día
de mi pasión la historia lamentable
comenzaré a narrar? ¿Quién me produjo
aqueste mal? Anaxo, la canéfora
hija del Eubulo, de Artemisa al bosque
iba una vez, y en el cortejo sacro
una leona y bestias incontables
marchaban a ambos lados del camino.

*Oye, Selena, veneranda diosa,
cómo nació el amor que me tortura.*

Cuando a mitad me hallaba de la vía
donde vive Licón, hálleme a Delfis
que iba con Eudamipo; mas dorado
vello que el helecristo les ornaba
el albo rostro, y como tú, Selena,
eran brillantes sus robustos pechos:
que del gimnasio el ejercicio rudo

abandonaban en aquel instante.

*Oye, Selena, veneranda diosa,
cómo nació el amor que me tortura.*

Viéndolo enloquecí; profunda herida
abrióme el corazón de parte a parte;
se marchitó, ¡cuitada!, mi belleza,
y ya no pude contemplar la pompa
y ni aun siquiera sé cómo a mi casa
regresé. Grave mal tuvome luego en
en la cama diez días y diez noches.

*Oye, Selena, veneranda diosa,
cómo nació el amor que me tortura.*

Poco a poco mi piel palidecía
en la color al tapso semejante;
poco a poco caíase el cabello
de mis doradas trenzas; poco a poco
huesos y piel mi cuerpo sólo era.
¿A qué lugar no fui? ¿Y a cuál anciana
docta en hechizos no pedí consejo?
Mas mi dolencia no curó ninguna ...
y el tiempo en tanto rápido corría.

*Oye, Selena, veneranda diosa,
cómo nació el amor que me tortura.*

Al cabo, cierta vez dije a mi sierva:
“Búscame tú, Testilis, un remedio
para este mal cruel que me devora.
El Mindio de mi ser se ha apoderado.
De Timageto a la palestra vete
y observa si está Delfis, a quien place
estar allí con todos sus amigos.”

*Oye, Selena, veneranda diosa,
cómo nació el amor que me tortura.*

Y, al verlo solo, llámalo y le dices:
“Simeta quiere verte.” Y en secreto,
a esta mansión, Testilis, lo conduce.”
Habléle así, y ella cumplió el mandado,
y a Delfis bello el de la piel brillante
trajo a mi hogar, y yo, cuando mi puerta
le contemplé cruzar con pie ligero

*(Oye, Selena, veneranda diosa,
cómo nació el amor que me tortura.)*

sentí que todo el cuerpo se me helaba,
como si en nieve hubiérase trocado,
y que a la vez bañábame la frente
el sudor, como lluvía de rocío;
ni pronunciar una palabra pude,
de esas siquiera que balbucea el niño
cuando entre sueños la madre llama.
Toda yo estaba atónita, y mi cuerpo
una estatua de mármol parecía.

*Oye, Selena, veneranda diosa,
cómo nació el amor que me tortura.*

Y el insensible, viéndome y clavando
en la tierra los ojos, sobre el lecho
sentándose, me dijo estas razones:
“Al hacerme venir, Simeta hermosa,
sin esperar a que viniera a verte,
tanto te adelantaste a mis deseos
cual yo logré avanzar, no ha muchos días,
al gracioso Filino en la carrera.”

*Oye, Selena, veneranda diosa,
cómo nació el amor que me tortura.*

“Que, ¡por el dulce Amor!, cuando la noche
llegado hubiera, a tu mansión pensaba
con dos o tres amigos dirigirme,
en el seno las pomas de Dionisos
y a la frente ceñida una corona
de álamo de Heracles predilecto,
con purpurinas bandas enlazado.”

*Oye, Selena, veneranda diosa,
cómo nació el amor que me tortura.*

“Y si amable me hubieras acogido,
¡que dulce noche fuera!; porque dicen
que soy veloz y bello más que todos
los mozos de mi edad, y si tu boca
con mis labios hubiera desflorado,
¡qué alegre hacia mi hogar retornaría!;
mas si esquiva me hubieses despedido

y cerrado la puerta con cerrojo,
las hachas y las teas, de tu casa
la puerta habrían a la fuerza abierto.”

*Oye, Selena, veneranda diosa,
cómo nació el amor que me tortura.*

“Mas habiendo tenido esta ventura
debo mi gratitud, primero a Cipris
y a ti después, segunda Cipris bella,
que de la pira en que me consumía
me has traído hasta ti medio abrasado.
¡Cuán en verdad la antorcha con que Eros
nos quema el corazón, es más ardiente
que la que enciende Efestos en el Lípari!

*Oye, Selena, veneranda diosa,
cómo nació el amor que me tortura.*

“Y su furor arranca a la doncella
del lecho virginal, y el tibio tálamo
abandona por él la infiel esposa.”
Así me habló; yo crédula, cogiendo
su mano, al blando lecho lo conduje;
y mi cuerpo temblaba contra el suyo,
y los rostros radiantes se encendían,
y mil dulces palabras al oído
con temblorosa voz nos murmurábamos.
Pero no diré más, Selena amada:
cumplidos fueron todos los deseos...

Yo nunca le di causa de disgusto,
ni él a mí. Mas la madre de Filista
mi aulétrida, y Meliso, cuando al cielo
del mar subía la rosada aurora
arrastrada por rápidos corceles,
hoy vino a mí, contándome que Delfis
está de otra mujer enamorado,
en cuyo honor hace escanciarse vino
que bebe, y luego marcha presuroso
a enquirnaldar la puerta de la amada.
Tal dijo la hostelera, y no me miente,
pues veces mil aquí también venía
trayendo la olpe doria... Mas ahora
desde hace doce días no le veo.
¿No significa esto que al olvido
le han hecho que me dé nuevos amores?...

Por eso he de hechizarlo con brebajes,
y si aún pretende atormentar mi alma,
le juro por las Moiras que las puertas
del Ades cruzará; tales venenos
en un castillo tengo preparados,
aprendidos de un brujo de la Asiria.

Mientras tú vas guiando tus corceles
hacia el profundo océano gozosa,
yo seguiré llorando mi abandono...
¡Adiós, adiós, Selena fulgurante,
y adiós vosotros, astros tembladores
de la tranquila noche compañeros!

EL CABRERO, O AMARILIS

Ahora que en la montaña van paciando
por Títiro mis carbas conducidas,
quiero cantar para Amarilis bella.
¡Oh Títiro!, apacienta mi manada,
Títiro amigo, y llévala a la fuente;
pero procura que el cabrío blanco
de Libi no te coja ante sus cuernos.

¡Oh hechicera Amarilis!
¿Por qué, como otras veces, no te asomas
a tu gruta y me llamas amiguito?
¿Es que ya me aborreces? ¿Es, acaso,
que al mirarme de cerca te parezco
romo y barbudo? Tu tendrás la culpa,
ninfa, de que me cuelgue de una rama.

Mira: te traigo diez fragantes poemas
que para ti he cogido
en el mismo lugar que me dijiste,
y mañana otras más he de ofrecerte:
dirige tú siquiera
una mirada a mi dolor punzante.

¡Oh, si yo fuera abeja rumorosa,
y cruzando la hiedra y el helecho
pudiera penetrar en la sombría
caverna en que te ocultas.

Ya conozco al Amor, dios implacable
que una leona amamantó en u bosque,

a él, que en su fuego vivo me consume
y me hiere de amor hasta los huesos.

¡Ay, cuitado de mí! ¿Cómo ablandarte?
Pero, ninfa, ¿no escuchas?
Arrojando estas pieles que me visten
me lanzaré a las olas, donde Olpis,
el pescador, acecha a los atunes,
y si perezco, al fin habré logrado
hacer alguna cosa que te agrade.

¡Ay! Mi mal he sabido
cuando a un pétalo rojo de amapola
pregunté si me amabas
y contra el codo marchitóse inútil
sin producir ruido.
Y Agreo, la adivina del cedazo,
espigando a mi vera
me dijo la verdad: que yo soy tuyo
y que mi amor a ti no te complace.

Una cabra, más blanca que la nieve,
madre de dos hermosos cabrillitos,
yo para ti he guardado,
que la muchacha de la tez morena
sirvienta de Mermón me la pedía,
y al fin tendré que dársela,
puesto que tú de mi pasión te burlas...

Mas el ojo derecho me ha temblado,
¿voy a verla tal vez? Bajo este umbroso
árbol, tendido, mi canción sonora
quiero entonar; y ella quizás me mire,
pues no ha de ser su corazón de acero.

“Cuando Hipomenes quiso
conseguir por esposa a la muchacha,
corrió llevando pomos en las manos,
y al verlas, Atalanta, enloquecida,
cayó por él en un amor profundo.

Melampo el agorero
condujo a Pilos el rebaño de Otris,
haciendo que en los brazos de Biantes
se arrojase la hermosa
madre de Alfesibeia la prudente.

Y Adonis, sus corderos
guardando en las montañas,
¿no encendió tanto amor en Cítrea
que ni muerto lo aparta de sus brazos?

El divino Endimón me causa envidia,
que reposa en un sueño inextinguible,
y el dichoso Jasón, mujer amada.
que obtuvo tantas cosas
que han de ignorar por siempre los profanos.

Duéleme la cabeza;
mas, ¿qué te importa a ti? Mi canto cese,
y yazga yo sobre la tierra dura,
hasta que el fiero lobo me devoré,
que eso será más dulce
para ti que la miel entre los labios.

EL CÍCLOPE

Que contra el mal de amores
no existen medicinas,
ni en polvos ni en unguento,
siempre he pensado, Nicias,
Tan sólo las Piérides
esta dolencia alivian,
mas si es dado alcanzarlas,
no es fácil conseguirlas.
Tú sabrás de estas cosas,
que a los enfermos cuidas,
tú, a quien las nueve Musas
con sus amores brindan.

Un tiempo, en estas tierras
una cíclope vivía,
llamado Polifemo,
disfrutando su dicha.
Por Galatea hermosa
fuerte pasión sentía,
y en torno de sus labios
y sobre sus mejillas
una barba suave
a la sazón salía.

Amaba a la doncella,
no con manzanas lindas,
ni con rosas ni rizados,

sino con furia viva,
y de las otras cosas
apartaba la vista.

Mil veces sus ovejas,
sin pastor y sin guía,
desde la hierba verde
su redil volvían
mientras él desde el alba
sobre la algosa orilla
cantando a Galatea,
de amor languidecía,
el corazón abierto
por espantosa herida
que un dardo le causara
arrojado por Cipria.

Más al fin, por su suerte,
halló la medicina,
y hacia la mar mirando
desde una roca erguida
en su canción vibrante
estas cosas decía:

¡Oh blanca Galatea!
¿Por qué mi amor esquivas,
tú, adorable muchacha,
más que la nata albísima,
más tierna que un cordero,
que una becerra altiva,
tú, la de piel más tersa
que la vid en la viña?

Cuando el sueño me invade
a mí te llegas tímida,
y al despertar, corriendo
te apartas, fugitiva
como la oveja cándida
cuan al lobo divisa.

Muchacha, en tus amores
quedé prendido el día
que al monte, con mi madre,
buscando florecillas
de jacinto, viniste,
y yo os serví de guía.

Desde el feliz momento
de verte, no te olvida
mi espíritu un instante,
y aun ardo en llamas vivas;
mas tú en nada, ¡por Zeus!,
de mi pasión te cuidas.

Ya sé por qué me huyes,
dulce y graciosa niña,
porque ves en mi frente
negra ceja tendida
de una oreja a la otra;
porque en mi cara iras
un ojo solitario,
y mi nariz no es fina.

Mas siendo así cual soy,
mil ovejuelas mías
en el monte apaciento
y su leche más nítida,
por mí mismo ordeñada,
me sirve de bebida.

Nunca me falta el queso,
ni al llegar la canícula,
ni en el templado otoño,
ni en la estación más fría,
sino que mis encellas
siempre verás henchidas.

Mejor que ningún cíclope
tañendo la siringa,
en la noche serena
(¡dulce manzana mía!),
te elevo las canciones
que el grato Amor me inspira.

Para ti en mis establos
cuatro oseznos se crían
y once corzas, las once
de collares provistas.

Vén a mi lado, hermosa,
que ganarás en dicha;
deja que el glauco océano
sobre la tierra embista.
Muy más dulce en mi gruta

transcurrirá tu vida,
y las noches más gratas
que en tus mansiones líquidas.

Allí verás laureles,
y hay cipreses que oscilan,
y hay una negra hiedra,
y hay una verde viña
de melíferos frutos,
y hay una onda frígida
que el Etna nemoroso
desde la cumbre nívea
me manda, y a tu boca
parecerá ambrosía.
¿Preferirás acaso
el mar a estas delicias?

Y si es que por velludo
mi cuerpo te horroriza,
tengo leña de roble
y una hoguera inextinta,
y mi piel en la llama
muy presto verás limpia,
y el corazón, si quieres,
me abrasaré en la pira,
y aun lo que más estimo,
que es mi única pupila.

¿Por qué, ¡Infeliz!, mi madre,
por qué me pariría
sin branquias? De tenerlas;
en la verdosa linfa
hundiérame en tu busca;
tu mano besaría,
o los ardientes labios,
de tu querer, y efímeras
amapolas de púrpura,
y azucenas, cogidas
por mi mano en el monte,
al mar te llevaría.
Mas aquéllas florecen
en la estación estiva
y en el invierno estotras,
así que no podría
ofrecértelas juntas.

Si a estas cosas arriba

una navegante extraño,
he de aprender, ¡oh ninfa!,
a nadar; de ese modo
probaré las delicias
que le ofrece el abismo
a quien en él habita.

Sal, dulce Galatea,
y a mi lado te olvida
de volver a tus lares,
como yo aquí, en la orilla;
sal, y el rebaño dócil
yendo conmigo guía,
las ovejas ordeña
y los quesos fabrica,
echando el agrio cuajo
en las encellas limpias.

Mi madre es la culpable
de que me seas esquivada,
y la riño por eso,
sin que su mal se corrija:
nunca mi amor te cuenta
ni a mi favor te inclina,
¡y eso que me está viendo
enflaquecer por días!

Mas ahora he de decirle
que el dolor martiriza
mi frente, y que las plantas
las tengo en carne viva:
¡que a ella también le alcance
algo de mi desdicha!

¡Oh, cíclope! No dejes
volar la fantasía.
Si en formar te ocuparas
coronas campesinas
y en recoger follaje
para tus ovejillas,
¡cuánto mejor entonces
el corazón tendrías!

Ordeña lo presente,
no con afán persigas
a la que así te huye,
sin que logres asirla.

Galateas más bellas
tal vez hallar consigas.

Mil hermosas muchachas
a disfrutar me incitan,
y si su charla escucho
rompe el aires su risa.
¡Parece que en la tierra
soy alguien todavía!”

Tranquilo Polifemo,
cantando de esta guisa,
su amor apacentaba,
y más feliz vivía
que muchos que con oro
quieren comprar la dicha.

LA DULCE AMIGA

Hete de nuevo aquí, muchacha mía,
tras la tercera noche y la tercera
aurora, de regreso.
¡Al fin llegaste! Mas que aquel que espera
envejece en un día.

Tanto como la tibia Primavera
es más grata y hermosa
que la estación hiemal, cándida y fría,
y como la manzana es más sabrosa
que la ciruela insípida bravía,
tanto como la oveja es más lanuda
que el retozón cordero,
y la virgen mejor que la viuda
por tres veces esposa,
así como el cervato es más ligero
que la becerra, y más sonoro el canto
del ruiseñor parlero
que el de todas las aves, tánto, tánto
cuando tú apareciste
inundóse de gozo mi alma triste.
Porque como el viajero
que el sol abrasa anhela un haya umbría
te anhelaba mi amor, luz y alma mía.

¡Ay si de su sonrisa la dulzura
los amores a entrambos inspirasen!
¡Ay si los hombres de la edad futura

por nuestro amor esta canción cantasen:
“Grande fue la ventura
de aquellos dos de aquella edad pasada,
él, a quien llamaría
amante el amicleo;
ella, la bien amada,
como en su lengua el tésalo diría:
encendiendo en los dos igual deseo,
a su yugo el Amor les sometía,
y era la amada a un tiempo mismo amante,
y era el amante amado:
la gente que vivía
aquel tiempo distante
de oro sin duda el corazón tendría!”

¡Si se viera este anhelo realizado!
¡Padre que el rayo destructor sustentas,
y vosotras, deidades
de eterna juventud estirpe clara,
y después que doscientas
generaciones hayan caminado
sobre la tierra avara,
en el temible Hades
de donde a nadie regresar es dado,
alguno me anunciara:
“Aun el amor el mundo rememora
que te unió con tu amiga encantadora!”

Que los dioses del cielo
mi súplica ferviente
acojan o rechacen. Solo anhelo,
por mi parte, cantar constantemente
tu divina belleza
que este cariño sin igual me inspira,
sin miedo a que señale el maldiciente
el signo en mi nariz de la mentira.

Si acaso la aspereza
me hiere de tu ira,
la recompensa llega prontamente
y me borras del alma tus rigores,
porque tu amor en cambio me depara
dos veces más placeres que dolores.

Aquellos habitantes de Megara,
hábilos con los remos,
de Niso descendientes, celebremos,

porque ellos han honrado
a su huésped Diocles ateniense
de la belleza juvenil prendado.
Aun en redor de su sepulcro vense,
cuando llega la hermosa Primavera,
las muchachas en lucha placentera
por conseguir el galardón del beso,
y aquella que de más dulce manera
con su boca otros labios ha oprimido
emprende su regreso
hacia el hogar, rendido
su cuerpo de coronas bajo el peso.

ENCOMIO DE TOLOMEO

Dirijamos a Zeus nuestro canto
el primero, y por él también termine,
que es el más grande de los dioses, Musas.
Más cuando celebremos a los hombres
debe ser el primero Tolomeo
y el medio y el final, porque ninguno
es más glorioso que él, de los mortales.

Los héroes que los altos semidioses
engendraron en tiempos, han tenido
sabios aedas que sus glorias canten;
yo, que sé las palabras armoniosas,
cantaré a Tolomeo, pues los himnos
son de los dioses galardón precioso.

Cuando algún pobre leñador penetra
en el Ida selvoso, vacilando
en torno mira sin saber primero
cuál debe herir de los añosos árboles;
¿por cuál comenzaré las infinitas
glorias que he de cantar, con que los dioses
al mejor de los reyes han honrado?

Desde su origen le llamó el destino
a cumplir grandes cosas, por sus padres;
Tolomeo Lagueda concebía
en su espíritu ideas portentosas
para todos los hombres imposibles;
hoy al igual que los potentes dioses
hónralo el Padre, e inmortal habita
un áureo domo en la mansión de Zeus;
cerca de él Alejandro se levanta,

su poderoso amigo, dios terrible
para los persas de pintadas mitras,
y enfrente de los dos, del fuerte Heracles
centauricida se levanta el trono
de macizo adamante construido.

Con los otros uránidas sentado
en el festín, Heracles se recrea
contemplando a los nietos de sus nietos,
de cuyos miembros arrojó el cronida
la senectud, y llénase de gozo
viendo a sus descendientes inmortales;
pues el fuerte Heraclida fue de ambos
progenitor, y su gloriosa estirpe
hasta el divino Heracles se remonta.

Por eso cuando el dios deja el banquete,
saciado ya de perfumado néctar,
para ir al domo de la cara esposa,
en las manos del uno deposita
el arco y el carcaj, y entrega al otro
la férrea maza de abultados nudos,
y ellos, portando las terribles armas,
conducen hasta el tálamo ambrosíaco
de Hebe, la diosa de tobillos blancos,
al barbudo varón hijo de Zeus.

¿Qué diré de la ilustre Berenice,
la más diosa docta de todas las mujeres
y de sus padres gloria y alegría?
La hija augustada de Dione, la señora
de Chipre, cierta vez sacó sus manos
al calar de su seno bienoliente;
por eso dicen que mujer ninguna
supo jamás placer a su marido
tanto como ella al fuerte Tolomeo;
mas en verdad que estaba bien pagado,
pues ella a él muy más amor tenía;
y así, seguro de sus hijos, nunca
vaciló en entregarlos en su hacienda
cuando lleno de amor se encaminaba
al blando lecho de la fiel esposa.

Mas cuando la mujer no ama al esposo
y a otros hombres dirige sus deseos,
es fácil que le nazcan muchos hijos,
mas nunca son el padre semejantes.

¡Oh adorable Afrodita, la más bella
deidad de Berenice protectora!
Por ti del Aqueronte plañidero
las ondas no surcó, la arrebataste
antes de entrar en el sombrío barco
donde las almas míseras navegan,
la pusiste en un templo, y tus honores
con ella generosa compartiste.
Ahora ella, propicia a los mortales,
fomenta el dulce amor en sus espíritus
y alivia sus pesadas inquietudes.

De ti nació, ¡oh Argea cejinegra!,
uniéndote a Tideo, el homicida
Diomedes calidonio; tuvo Tetis,
la del alto seno, al flechador Aquiles
de Eáquida Peleo, y Berenice
te dio a luz, belicoso Tolomeo,
al belicoso Tolomeo unida.

Cos te nutrió cuando al abrir los ojos
a la primera aurora, débil niño,
te recibió del seno de tu madre.
Porque cuando del parto los tormentos
a la hija de Antígona abrumaban,
a la diosa Ilitía encomendóse,
la que los cinturones desanuda,
y la deidad, propicia, cerca de ella
vino, y vertió en sus miembros la anodinia,
y así nació el infante bienamado
en todo al noble padre semejante.
Dio Cos al verlo un jubiloso grito,
y en sus amantes manos sosteniéndolo,
exclamó: “Sé feliz, oh tierno niño
y hónrame tanto como Febo Apolo
sublimó a Delos la de azul cintura,
y extiéndase ese honor a la colina
de Triope, y a los dorios mis vecinos
alcancen igualmente tus favores,
cual el divino Apolo amó a Renea.”

Dijo la isla. El águila gigante,
cerniéndose en las nubes por tres veces,
hizo sonar su favorable grito.
De Júpiter sin duda era el presagio.

Zeus, hijo de Kronión, protege siempre
a los monarcas dignos de respeto;
a éste lo amó desde el instante mismo
que abrió los ojos a la luz del día,
y así la dicha le acompaña siempre
y domina en la tierra y en los mares.

Mil fértiles comarcas, mil naciones
por laboriosos hombres habitadas,
bajo la lluvia celestial producen
dorada mies; pero ninguna excede
de Egipto cuando el Nilo desbordado
la húmeda tierra con sus ondas baña.
En ninguna se elevan tantos pueblos
por los hábiles hombres contruidos:
tres centenares de ciudades tiene
y tres veces diez mil y tres millares
y dos triadas más y tres novenas,
e impera sobre todas Tolomeo.

El de Fenicia una porción posee,
y de Libia, y de Siria, y de la Arabia,
y del país de los etiopes negros;
él manda sobre todos los panfilios;
él rige a los cilicios belicosos,
y a los carios amantes de la guerra,
y a los licios; por él de las Cícladas
surcan las ondas las soberbias naves.
La tierra, el mar y los sonoros ríos
se humillan al poder de Tolomeo.

A su redor se agrupan mil jinetes
e innumerables fuertes portaescudos,
de esplendoroso bronce revestidos.
El pudiera colmar con sus tesoros
a todos los monarcas de la tierra:
tantas riquezas llegan cada día
a su rica mansión, de todo el mundo.

Confiados, sus pueblos laboriosos
se dan a las pacíficas faenas
que nunca el enemigo, atravesando
el ancho Nilo en monstruos abundante,
vino a arrasar sus fértiles praderas,
ni, de fuerte coraza revestido,
descendió de sus naves en la orilla
ambicionando las egipcias vacas.

Tal es el hombre que en los anchos campos
del Egipto impera, el rubio Tolomeo,
invencible en blandir la tanza aguda,
que defiende la herencia de sus padres
como buen rey, y adquiere cosas nuevas.

Mas no infecundo se amontona el oro
es su grande mansión, cual de la hormiga
trabajadora la riqueza estéril:
Tolomeo con él llena de ofrendas
los templos de los dioses inmortales,
y enriquece a los reyes generosos,
y a su pecho lo entrega y sus amigos.
Ningún hombre jamás vino a las luchas
sagradas de Dionisos, que supiera
entonar las canciones armoniosas,
y a quien el soberano no ofrendara
algún presente digno de sus cantos;
y ellos, los inspirados por las Musas,
lo ensalzan por sus grandes beneficios.

¿Qué más hermoso el potentado puede
adquirir repartiendo sus riquezas
que una gloria inmortal entre los hombres?
Gloria igual los Atridas consiguieron;
mas los tesoros que ellos conquistaron
en la mansión de Príano gloriosa
en ignorado paradero yacen,
de donde nunca volverán.

El sólo
entre sus venerables ascendientes,
el sólo entre los hombres cuyas huellas
aun guarda el polvo, ardientes de las plantas,
ha levantado perfumados templos
a su adorada madre, y a su padre,
alzando en ellos sus estatuas de oro
y de marfil deidades protectoras
para los habitantes de la tierra.

Cuando termina el mes su eterno giro,
sobre las ascuas del altar sangriento
quemán ijares de robustos bueyes
el soberano y su adorable esposa,
la más hermosa que estrechó en sus brazos
a un joven rey en opulento alcázar,

ella, que en Tolomeo, a un tiempo mismo
al dulce esposo y al hermano adora.
Así la unión sagrada de los dioses
se hizo también: la soberana Rea
fue madre de los reyes del Olimpo,
e Iris, virgen aún, con sus brillantes
manos bañadas de divino aroma
dispuso el lecho para Zeus y Here.

¡Salve!, rey Tolomeo, yo en mis cantos
a la vez que a los otros semidioses
celebraré tu gloria, y mis palabras
dignas serán de los futuros siglos,
porque su protección te dará Zeus.

EPITALAMIO DE HELENA

Cierto día, en Esparta coronadas
de jacintos en flor las cabelleras,
en la mansión del rubio Menéalo
entraron doce vírgenes esbeltas,
doce lacedemonias, las más nobles
de la ciudad, las de mayor belleza.

Luego formaron un riente coro,
de una pintada estancia ante la puerta
donde el hijo menor del fiero Atreo,
reciente esposo de la amable Helena,
acababa de entrar con la Tintáride,
y las doce cantaban, la cadencia
marcando con los pies entrelazados,
y el himeneo en la mansión entera
repercutía:

“¡Esposo! ¿Por qué marchas
tan pronto a descansar? ¿Es que las piernas
niéganse a sostenerte, o es, acaso,
que eres del sueño amigo y la pereza?
¿Quizá bebiste mucho, y en lecho
el áureo vino te rindió sin fuerzas?

Bien has podido retirarte solo
dejando divertirse a la doncella
cabe su madre, hasta rayar el día,
cantando con sus dulces compañeras.

Si ha de ser tuya para siempre, hoy,

y cuando el Sol el horizonte encienda
y en este año y los futuros años,
¿por qué de con nosotras te la llevas?

¡Feliz esposo! Un genio, de seguro,
cuando te encaminabas a esta tierra,
como los otros héroes, tus rivales,
estornudó para que tú vencieras.

Entre los semidioses, tú tan sólo
yerno serás de Zeus, pues albergas
en tu tálamo a la hija del Cronida,
la más hermosa que la Arcadia huella.
Algo grande en verdad será su fruto
si la madre los hijos se asemejan.

Todas nosotras éramos, ¡oh esposo!,
de tu mujer las fieles compañeras,
y ungiéndonos el cuerpo, cual los hombres,
emprendíamos rápida carrera
cabe los baños del Eurotas; íbamos
cuatro jóvenes coros de sesenta,
mas ni una parecía irreprochable
al compararla con la hermosa Helena.

Como al lucir la venerable aurora,
cuando nace la blanca Primavera
y huy el helado Invierno, muestra al mundo
su faz resplandeciente, la áurea Helena
en medio de nosotras refulgía.

Cual la apretada mies la fértil tierra
decora, y el ciprés a los jardines,
y el tésalo caballo al carro, ella,
la de rosada piel, es ornamento
de la Lacedemonia.

No en su cesta
guarda ninguna más gentiles obras
que las que nacen de su mano experta,
ni del alto telar cortó tejidos
de más sutil textura, ni de grecas
más complicadas que las que ella forma
manejando la aguda lanzadera;
nadie pulsa mejor la dulce cítara
que al cantar a Artemisa o a Atenea
la de ancho seno, Helena, en cuyos ojos

los rientes amores se recrean.

¡Oh, tú, niña gentil, la más graciosa!,
esposa ya: de nuevo a la carrera,
al lucir la mañana, volveremos,
y al prado entretejer con flores nuevas
perfumadas coronas, recordándote
como el cordero mamoncillo anhelaba
la ubre redonda de la madre blanca.
Y para ti tejiendo la primera
una corona de terrestre loto,
y de un plátano umbrío suspendiéndola,
bajo el árbol frondoso verteremos
el claro aceite de redonda argéntea,
y para que lo mire el caminante
habemos de escribir en su corteza:
“HONRAME DE LA FORMA QUE LOS DORIOS:
YO SOY EL ÁRBOL DE LA HERMOSA HELENA.”

¡Adiós, oh novia! ¡Adiós, oh novio, yerno
feliz de un dios! Latona, que alimenta
a los niños, os dé brillante prole,
y Cipris, Cipris la deidad excelsa,
os inflame de amor, y el alto Zeus,
Zeus el Cronida, os colme de riquezas
inacabables que a los nobles hijos
los padres nobles dejen como herencia.
Dormid, dormid dichosos, aspirando
el amor y el deseo, la cabeza
de uno posada sobre el pecho de otro;
mas despertad cuando la aurora venga,
pues volveremos al sonar el canto
del alado cantor de roja cresta.
¡Oh Himen! ¡Oh Himeneo! Regocíjate
de esta boda feliz que nos alegra.”

EL LADRÓN DE MIEL

Una malvada abeja picó un día
los dedos del Amor, cuando robaba
la miel de una colmena; el ladronzuelo,
dolorido, soplabá
sobre sus manos, y su planta herís,
saltando de dolor, el duro suelo.

Y así a Venus se queja:
“Que una abejilla, un animal tan chico

haga heridas tan grandes, no me explico.”
Y ella dice riendo: “El llanto deja,
porque tú eres pequeño cual la abeja,
y es mil veces más ruda
la herida que haces con tu flecha aguda.”

EL BOYERILLO

Se ha burlado de mí la bella Eunica
porque quise besarla dulcemente,
y me ha dicho, llenándome las injurias:
“¡ Vete lejos de mí! ¿Cómo pretendes,
miserable pastor, tocar mi boca?
Nunca supe besar rústicas gentes,
sino oprimir los labios ciudadanos.
¡Ni en sueños quiero que me beses!
¡Qué modo de mirar! ¡y qué palabras!
¡cuánto tus bufonadas me divierten!
¡con qué gracia me llamas! ¡qué agradable
modo de requebrar a las mujeres!
¡y qué suave es tu barba!
¡y qué sedosos los cabellos tienes!
Está tu boca enferma,
y tus manos son negras, y mal hueles.
Temo que con tu cuerpo
me manches los vestidos. ¡Vete!, ¡vete!”

Diciéndome estas cosas,
escupióse en el seno por tres veces,
me observó de los pies a la cabeza,
ciertas palabras murmuró entre dientes,
lanzóme una mirada de reojo,
de su bella figura envaneciéndose,
y se rió burlona y altanera.

La sangre entonces se agolpó a mi frente,
se empurpuró mi piel como una rosa
bañada de rocío, y ella fuese.
Desde el momento aquel estoy furioso,
dentro del corazón la ira me hierve,
porque una mala etera se ha mofado
de mí, que soy hermoso, de tal suerte.

¡Oh pastores! Decid por vuestro vida,
¿no soy gentil? ¿Acaso de repente
un dios en otro me ha cambiado?
No ha mucho tiempo una belleza agreste

florece en mi cuerpo, cual la hiedra
que unida al árbol crece,
y brillaba en mi rostro; y el cabello
cual peregrino cubríame las sienas;
mi frente parecía,
sobre la ceja oscura, blanca nieve,
y más que los de Atena
centellaban mis ojos refulgentes;
eran los besos de mi boca
más agradables que cuajada leche,
y la voz, cual la miel de entre la cera,
manaba de mis labios dulcemente.

De mi canción la melodía
es agradable siempre,
ora tañendo la siringa,
ora la flauta, ora la caña tenue,
ora la tibia oblicua. En la montaña
dicen que soy hermoso las mujeres
y me besan amantes; mas aquesta
de la ciudad de mis besos no apetece,
y porque soy boyero se me ha ido,
a mis frases de amor indiferente,

Ignora que Ciprina
llegó por un pastor a enloquecerse,
y que en los montes frigios sus rebaños
apacentaba, y en la selva verde
besaba al tierno Adonis, y en la selva
lloró también sus triste muerte.

Y el hermoso Endimión, ¿no fué boyero?
Y siéndolo, Selena, su celeste
mansión abandonando, descendía
para sus besos ofrecerle,
y en los montes de Latmos
durmió con el mancebo juntamente.

Tú, Rea, también lloras a un boyero,
y tú, Cronida, el aire leve,
cambiado en ave, atrevesaste un día
por un muchacho guardador de bueyes.

¡Y Eunica no ha querido
besar a este boyero!... Más potente
se ha de creer, sin duda,
que Cipris, que Selena y que Cibeles...

¡Así jamás a Marte, ni en la villa
ni en la montaña, oh nueva Cipris, beses!
¡Y así en la noche oscura
en solitario lecho duermas siempre!

LAS LENEAS

Ino, Autona y Agave de rostro cual manza purpúreo
ellas tres condujeron al monte tres coros sagrados,
y arrancando de un roble frondoso ramajes braviós,
y con verdes guirnaldas de hiedray terrestre asfodelo
doce altares alzaron en una despoblada llanura,
en honor de semele los tres, y los nueve a Dionisos.

Las ofrendas labor de sus manos sacando silencio
de un estilo, las tres en las aras recientes pusieronlas
en la forma que quiere Dionisos, como a él le complace.

Desde un alto peñasco Penteo observábalo todo,
en las ramas de un viejo lentisco que en la oca nacía.
Autonoa le vió la primera, y rugiendo terrible
avanzó impetuosa, arrastrando con los pies los altares
de la orgía de Baco furente vedada al profano.

Iracunda Autonoa, iracundas las otras leneas,
tras Penteo, que huía espantado, el tumulto avanzaban.
con el cíngulo alzándose el peplo por encima del muslo.

Y Penteo les dijo: "Mujeres ¿qué deseo os agita?"
Y Autonoa contesta: "¡Muy pronto lo sabrás sin oírlo!"
con el mismo rugido que lanza al partir la leona;
apoyando la planta en el vientre de la víctima, Ino,
con un hombro le arranca un omóplato, Autonoa la imita,
y las otras mujeres los restos palpitantes disputanse.

Y regresan a Tebas furiosas y cubiertas de sangre,
y lo que ahora conducen del monte no es Penteo, sino espanto.

No me asombro de nada. Ninguno aborrezca a Dionisos,
aunque él mismo haya sido la víctima de tormentos mayores
y ora tenga de edad nueve años o cumplido haya el décimo.

Que piadoso yo sea, y mis actos al piadoso complazcan.
La verdad de este oráculo Zeus portaegida promete:
"Para el hijo del pío lo bueno, y lo malo al del malo."

Feliz siempre Dionisos, que encima del Dracononivoso

encerrara al altísimo Zeus en su muslo divino;
dicha eterna Semele disfrute, y también sus hermanas,
las ilustres Cadmeas, que tantas heroínas honraron,
y encendida en báquica llama este acción concluyeron
intachable. Ninguno las obras del cielo censure.

LA RUECA

¡Oh ebúrnea rueca del vellón amiga,
rico presente que la glauca Atena
a las mujeres laboriosas hace
cuya afición hacia el trabajo tiende!

Acompañame, rueca, confiada
a la brillante villa de Neleo
donde se eleva un santuario a Cipris
entre flexibles cañas escondido.

Para ir allá cruzando el Ponto, a Zeus
suplicamos un viento favorable,
y así podremos ver al caro Nicias,
vástago de las Gracias armoniosas,
y que él también se regocije al vernos.

Entonces te pondremos como ofrenda,
a ti, nacida del marfil pulido,
de la esposa de Nicias en las manos,
que hará contigo peplos varoniles
y femeninas ondulados túnicas.

Dos veces en el año despojados
serán de sus vellones en el prado
las madres de los tímidos corderos,
para Teugenis la de bellas piernas,
infatigable en la labor y amante
de cuando agrada a las mujeres doctas.

No permitiera yo que, habiendo sido
en mi famosa tierra fabricada,
fueses a dar en las ociosas manos
de una mujer inútil. Tú naciste
en la antigua ciudad de Arquías de Efira,
médula y corazón de Trinacria
y madre de varones honorables.

Ahora, pues te hallas en la casa ilustre
de un sabio que conoce los remedios

que las dolencias de los hombres curan,
estarás en Mileto, entre los jonios;
tendrá Teugenis más hermosa ruela
que todas sus paisanas, y el recuerdo
de su huésped amigo de los cantos
harás que eterno en su memoria viva.

Tal vez alguno diga: "No responde
tan corta la ofrenda a gratitud tan grande;
mas todo lo que viene de un amigo
debe ser por los hombres apreciado."

SOBRE LA MUERTE DE ADONIS

Viendo a su Adonis muerto
la triste Citerea,
pálidas las mejillas,
desmelenada, ordena
a los tiernos amores
traer a su presencia
al jabalí sangriento.

Los mensajeros vuelan
rápidos por el bosque,
hasta que, al fin, lo encuentran,
y con múltiples lazos
lo amarran y lo aprietan:
uno arrastra al cautivo
tirando de una cuerda,
un otro con el arco
lo empuja y le golpea,
y con miedo al terrible
furor de Citerea,
tímidamente avanza
por el bosque la fiera.

Y le dice Ciprina:
"¡Oh tú, malvada bestia,
la más cruel del mundo!
¿Tú has herido esa pierna?
¿Tú has matado a mí hombre?..."

Y el jabalí contesta:
"¡Oh divina Afrodita!
¡Oh divina Afrodita!
Yo juro por ti misma,
por tu amor, por aquestos

lazos con que me apresan,
por esos me traen
temblando a tu presencia,
que yo herir no quería
a aquel cuya belleza
te enamoró; mas vile
en la verde floresta,
bello como una estatua,
y alzándose la hoguera
del deseo en mi pecho,
por besarle la pierna
que tenía desnuda,
mis colmillos hiriéronla.
Cipris, cogelos, córtalos,
y aun será leve la pena
(¿para qué han de servirme?),
y, si no te contenta,
corta también mis labios
para que no se atrevan
a besar nuevamente.”

EPIGRAMAS

OFRENDA A LAS MUSAS Y A APOLO

Estas rosas cubiertas de rocío
y este serpol frondoso, los ofrezco
a las divinas Heliconias,
y este oscuro laurel al Pitio Pean,
pues la délfica rosa lo produce
para adornarle con sus ramas.
La sangre del cornudo macho blanco
correrá por el ara, mientras muerde
el perfumado terebinto.

OFRENDA A DAFNIS, A PAN.

El blanco Dafnis, que en la flauta bella
entona sus bucólicas canciones,
ha consagrado a Pan estos presentes:
las horadadas cañas, el cayado,
la piel de un ciervo y un venablo agudo,
y la fragante alforja en que llevara
dulces manzanas a su amor un día.

EPITAFIO DE ORTÓN

Ortón Siracusano, ¡oh extranjero!,
te dice así: “Jamás, si el dulce vino
te perturba, en la noche tormentosa
empresas un viaje, que mi suerte
lo quiso así, y a questa tierra extraña,
en vez del patrio suelo, me cobija.”

EPITAFIO DE GLAUCO

Estas letras os dicen qué monumento es éste
y quién bajo él reposa:
“Yo soy la tumba de la ilustre Glauco.”

Sútese como [voluntario](#) o [donante](#) , para promover el crecimiento y la difusión de la [Biblioteca Virtual Universal](#).

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente [enlace](#).

